

CRONICA DE LA OPERA

Por Manuel M. Ponce

Fuimos a oír "Norma", atraídos por el prestigio de esa cantante esturpanda que es Rosa Raisa. Fuera de algunas bellas melodías y el final del último acto, en cuya trama orquestal e impulso dramático se entrevé al compositor de genio, la vieja obra de Bellini no nos llega a emocionar profundamente; la oímos con gusto a veces, a veces con cansancio. Los coros son francamente tediosos. ¡Cuánto ganaría la obra (y el público) suprimiéndolos! En fin, la Raisa y Gabriela Besanzoni cantan de modo insuperable sus respectivas partes y, gracias al hechizo de sus voces, a las excelencias de su interpretación, al entusiasmo lírico de estas dos notables artistas, la "Norma" ha resucitado por breves días, pues a buen seguro que ninguna cantante se atrevería a exhumarla después de Rosa Raisa.

"Andrea Chenier" es otra cosa. La música de Giordano es fuerte y emocionante, adecuada a las situaciones dramáticas e impregnada de sabor arcaico y... revolucionario! Bien es cierto que adolece de faltas de originalidad (el tema más bello de la obra es, en el fondo, el 2o. motivo del Scherzo de la Sonata en *Si* bemol menor de Chopin) y de cierta trivialidad en algunos pasajes rítmicos o armónicos; sin embargo, la ópera en su totalidad es bella y el público la escucha siempre con entusiasmo.

Titta Ruffo cantó la parte de Gerard con brillantez inusitada, sin escatimar ni voz ni acción, se mostró un gran barítono, poderoso en la declamación, omnipotente en el manejo de su prodigioso órgano vocal, artista completo y verdadero.

Y llegamos a la parte más interesante de estos apuntes: la ópera de Montemezzi.

Se ha dicho que en el "Amor de los tres Reyes" Montemezzi sigue de cerca los pasos de Debussy, adoptando acordes y empleando procedimientos caros al autor de "Pelleas et Melisande". Después de escuchar con toda atención la obra italiana, encontramos que, por el contrario, la música de Montemezzi puede significar la reacción contra el debussismo.

En conjunto, la composición de Montemezzi, aunque modernizada por infinitas modulaciones, novedosas muchas de ellas, conserva la unidad tonal, es decir, el sentido de la doble modalidad mayor-menor apartándose por esta razón de la forma *átona*, o sea la ausencia de tonalidad.

Montemezzi es, probablemente, un genial discípulo de Wagner, en el aspecto modulante de sus melodías, en ciertas formas cromáticas y en las grandes peroraciones que, en la orquesta, resultan verdaderos discursos musicales y en el canto, lo que se ha convenido en llamar la *melodía infinita*. Tiene, además, el compositor italiano todo el empuje de su raza, todo el ardor de su alma latina que se derrama generosamente, como esencia preciosa, en el curso de toda la obra, imprimiendo a su música tal vivacidad, tal fuerza de expresión, tal cantidad de pasión, tanta vida, en fin, que difícilmente podría